

CORRESPONDENCIA

a

SUECIA

Una lectura de *La aventura de Miguel Littín clandestino en Chile* de Gabriel García Márquez

para LUNA ISABEL

por NATALIA

Natalia Bedoya Alcaraz

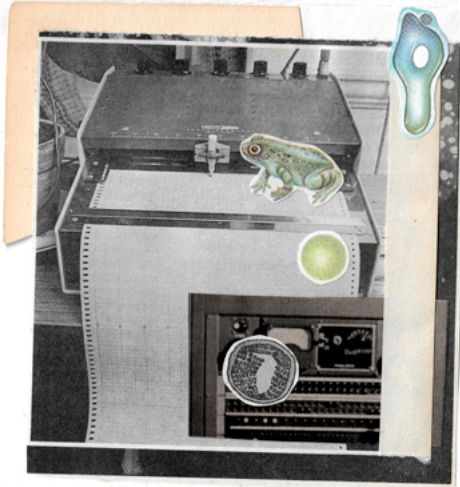
Estudiante de Periodismo,
Universidad de Antioquia

NOTA:

Mi sobrina Luna Isabel Bedoya Guisao tiene tres años. Se fue del país en el 2022 con su mamá, su papá y su hermano para Suecia a pedir asilo político. La situación no era de fuerza mayor, pero su padre cumple con los papeles de víctima del conflicto armado colombiano y aprovechó para irse a cumplir el sueño europeo.

Escribo estas cartas imaginándola más grande, al menos sabiendo leer. Así mismo, varias de las situaciones en las que la nombro a ella, a mi hermana o a mi sobrino son fantasías.

a



25 de abril de 2023

A s u n t o :

ELEGIR UN LIBRO

Luna,

Esta vez he tenido que elegir un libro, es para mi clase de *Producción y Géneros II*. Ya recordarás lo que estudio, ¿no? Es Periodismo, princesa, te lo dije la otra vez. Estoy aprendiendo el arte de narrar. No sé cuándo recibirás estas cartas, posiblemente sea a mitad de junio. Si a veces finjo hablar contigo, o hacerte preguntas, sígueme el juego. Te aconsejo que no las abras todas juntas para que tengas con qué entretener tus días; guárdalas si quieres, te las puedo leer cuando vaya a visitarte.

Te cuento: había tantas opciones, ¡tantas! Todas, obras de Gabriel García Márquez. *La aventura de Miguel Littín clandestino en Chile, Cuando era feliz e indocumentado, Crónicas y reportajes, Noticia de un secuestro, Vivir para contarla, Crónica de una muerte anunciada...* En fin, un montón, pero elegí el primero.

Es un reportaje en el que Gabo -como le dicen al autor- condensa en diez capítulos que suman ciento cincuenta páginas la historia de Miguel Littín, un director de cine chileno del que después te hablaré. Me gustó tanto leerlo que lo acabé en dos días, y eso, contando con lo ocupada que vivo ahora, se me hace un lapso corto de tiempo. Había considerado un día por cada capítulo, pero ya ves, la pasión hace que varíen siempre las cosas.

La entrevista que le hizo Gabo a Littín en Madrid durante una semana para escribirlo sumó dieciocho horas de grabación, ¡dieciocho! ¿Te imaginas? A veces me pregunto cómo percibes el tiempo, sobre todo cuando es verano y el sol se esconde tardísimo allá en Upsala, ¡Dieciocho horas de esos dos señores hablando! Y sí que es interesante esta historia, te digo.

Yo quise leerlo desde que César, mi profesor, dijo que tenía que ver con un cineasta. A mí, personalmente, me gustaría serlo también, aunque no sepa mucho de cine. Vivo la vida como una película; cuando te sacaba a pasear imaginaba todos los planos posibles en los que te podía grabar, pensaba en la infancia como una alianza infinita, pero eso fue ya hace mucho tiempo. La segunda motivación fue lo de

“clandestino”, que es quizá un elemento mucho más interesante, luego entenderás por qué.

Gabo fue periodista, como yo, solo que él ya está muerto. Ojalá un día leas un libro suyo, fue un gran escritor, hasta se ganó un Nobel. ¿Entiendes lo que es? Es un premio de literatura, princesa, pero esas son cosas de grandes. Mejor dime, ¿sí corre el tiempo más lento por allá?

b



11 de mayo de 2023

A s u n t o :

PRECISIONES Y CERTEZAS

Luna,

Antes de profundizar sobre mi lectura, para que la concibas con claridad, debo decirte que encontré que Miguel Littín estuvo en Colombia en el año 2015 como invitado en la Feria del Libro de Bucaramanga. Durante el evento dio algunas entrevistas en las que, por supuesto, se habló del libro de Gabo, y en varias de sus respuestas revela cosas que hasta ese momento nadie conocía.

Gabo nombra el texto como un reportaje, y así te lo comuniqué yo en la carta anterior. Este es catalogado como uno de sus libros de no ficción. Sin embargo, solo hasta mucho después en esa visita, Miguel admite que hay aspectos del relato que no son verdad.

Gabo advierte, por ejemplo, en la primera página, que cambió algunos nombres por el peligro que podían correr los personajes si se conocía su identidad real. Estos son pactos que los periodistas solemos hacer por el cuidado del otro: protegerlos en el anonimato. Es una cuestión muy distinta a la mentira y es muy importante que lo sepas; es un asunto natural en nuestro ámbito profesional cuando el riesgo excede la “verdad”, que, a fin de cuentas, no deja de ser por cambios mínimos.

En esa misma balanza tuvo que poner Miguel sus prioridades el día en el que Gabo llegó a su casa en Madrid, a las ocho de la mañana, y le dijo: “Cuéntamelo todo. Solamente lo que yo pueda repetir”. Presta atención, Luna, “solamente lo que yo pueda repetir”. Entonces Miguel le contó lo que podía repetir, que no era necesariamente lo que había ocurrido con exactitud. Pero que, en ese momento, era la información más segura, para su vida y la de todos los partícipes, que se podía reproducir.

Entonces, cosas -no tan fundamentales para mí- fueron inventadas. La reunión de cuatro horas en París con un hombre de altos cargos de la resistencia chilena en la que planearon cómo cumplir la fantástica propuesta, cómo grabar, cómo llegar, no fue real. Incluso algunos aspectos de su apariencia y personalidad como decir que usaba chaquetas de cuero fueron inventadas.

Gabo le permitió corregir el borrador del texto a Miguel para que eliminara todo lo que no quería expresar en el “Yo, Miguel...” que estaban retratando, pues el libro está escrito en primera persona.

A mí ese gesto de consentimiento se me hace trascendental porque Gabo no era un simple escritor de la época, al lanzar el libro Miguel estaría íntimamente conectado con el personaje descrito y eso lo perseguiría el resto de su vida.

Entonces, su relación como amigos y creadores me produce la certeza de que se adorna la vida para que se parezca más a como se siente en realidad. Así que te propongo que contemplemos esta historia por su valor conmovedor y vital, más que por su definición; ya que no deja de ser un ejercicio de escritura preciso, sencillo y encantador. ¿Te parece?

Te estaré escribiendo desordenadamente cada que me sea posible para hablarte de esto, que es lo que ha consumido mis días y mis pensamientos, y que es mi mejor forma de comunicarme contigo desde que no estás.

C



16 de mayo de 2023

A s u n t o :

SOBRE MIGUEL

Luna,

Como dije antes, te voy a hablar de Miguel Littín, pero primero quiero que cuando leas esto les des un saludo de mi parte a tu mamá y a tu hermanito, diles que los extraño profundamente. A tu madre dile también que cuide mejor la orquídea ahora que se mudaron, las plantas suelen ser recelosas cuando las mueven de aquí para allá. A Matthias, que sigo esperando que me diga de quién se enamoró.

Para empezar tú y yo, ¿recuerdas que Miguel era chileno? Bueno, fue un director de cine reconocido allá en ese país “al final del mundo”, en América del Sur, del que un día fue exiliado. Nació en Palmilla en 1942, sus padres fueron Hernán Littín Gonzales y Cristina del Carmen Cucumides Argomedo. También fue teatrero en su juventud, como yo. Ahora veo que tenemos algo en común. ¿Te asustaban de verdad las máscaras con las que te perseguía? No lo debes recordar, pero lo hacía, yo lo hacía.

Al leer el libro siempre lo imaginé hablándome. Me agradó la elección de la primera persona porque la siento cercana y con el tono adecuado para contar una historia de esta naturaleza. Su regreso a Chile inevitablemente nos lleva de vuelta también a su infancia, a su adolescencia y a su huida en 1973.

Miguel nombrando a su esposa y a sus hijos: Ely, La Pochi, Miguelito y Catalina. Miguel recordando sus lugares amados: el Canal de Televisión, el Departamento de Audiovisuales, la Escuela de Teatro, el cine “City”. Miguel regresando a su casa, a su cuarto. Miguel encontrándose a su suegra, a su madre, a sus amigos. Miguel siendo perseguido, Miguel hablando de ser otro.

Lo que pasa, Luna, es que como no podía estar allí se tuvo que convertir en un uruguayo decente sin barba que no se podía reír para poder grabar su película. ¿Y sabes por qué, por qué tuvo que obligarse a fingir, a cambiar su apariencia por la de un extranjero? Porque había doce años Augusto Pinochet gobernaba bajo una dictadura que les prohibió el regreso a más de 5.000 personas que simpatizaban con el izquierdista Salvador Allende. ¡Qué lío! ¿No?

Miguel conocía a Allende desde su adolescencia. Colaboró con sus campañas porque creía en él y en su corriente; las influencias liberales de su familia tuvieron que ver en ese sentido, sus películas siempre dieron cuenta de su perspectiva política. Era un gran director, antes de su aventura clandestina ya había ganado premios en su gremio. El mismo Allende lo designó como presidente de ChileFilms -la empresa cinematográfica entonces estatal- durante el primer año de su gobierno; allí lo encontraría su esposa el 11 de septiembre de 1973 antes de escapar.

Vivió su exilio en México y en España, que a mí se me hacen lejísimos de su hogar. Volvió en 1985 precisamente porque sentía el compromiso de retratar la dictadura a través de lo que mejor se le daba: el cine, la herramienta que le permitía desarrollarse como un ser humano sensible. “Para un hombre de cine no hay un modo más certero de recuperar la patria perdida que volver a filmarla por dentro”, declara el narrador en el libro. Y, por supuesto, también volvió por su necesidad profunda de hablar sobre Allende; buscar en calles, casas y personas su imagen y su recuerdo.

Ya te imaginarás que ese trabajo se complejiza, sobre todo, si uno no es libre de moverse, hablar, habitar como quiera. De cierto modo Miguel reconoce que estaba exiliado también dentro de sí mismo con toda esa actuación. Que cambiarse el peinado, que cambiarse el acento, la ropa, la familia. Entonces, el reto era doble.

La fijación de Gabo en este sentido fue cuidadosa. Es un asunto que aparece esporádicamente en el relato, tal y como se da en el pensamiento. Volátil. Así mismo van naciendo una serie de impulsos sobre el desvelo. Una suerte de ideas de revelación sobre esa condición aprisionante, que en las horas más profundas le hacían el guiño del reclamo por lo justo. Ya sabes, el derecho de poder ser quien uno es sin que sea un delito. Claro que muy pocas veces pudo concretarse en acciones. Por amor a la causa siempre fue mejor conservar la prudencia; entonces, aunque se muriera de ganas de lanzar en un grito su nombre, tuvo que acostumbrarse a que lo llamaran Gabriel.

Definitivamente, la historia detrás de la película sí es otra película -como lo consideró Gabo- que se hubiese perdido de no haber sido escrita. ¿Cuántas preguntas, por ejemplo, tienes hasta ahora? ¿Me perdonarás que hable tanto sobre esto? Es que todavía hay cosas que te quiero contar. Sin embargo, ahora mismo arreglaré mi cuarto, me trenzaré el cabello y aprovecharé la noche para dormir.

d



18 de mayo de 2023

A s u n t o :

TE PROHÍBO ESPERAR

El problema que denuncia Littín es un problema, a mi parecer, de amor por las cadenas. Ser encadenados o encadenar. Estanislao Zuleta escribió sobre esa tesis en su ensayo *Elogio de la dificultad*, que leí en el colegio. ¿Sabes quién es él? Búscalo, es que no sé decirte a quién se parece.

Ahí, él dice que ese comportamiento responde a nuestro “anhelo de encontrar a alguien que nos libere de una vez por todas del cuidado de que nuestra vida tenga un sentido”. ¿Le encuentras lógica? Es decir, ¿comprendes por qué a nuestra especie se le da mejor entablar relaciones desiguales? Porque hacernos responsables implica vernos más pequeños en el orden del mundo y eso no suena muy glorioso.

Augusto Pinochet dirigió el golpe de Estado de 1973 como comandante en jefe del ejército. Luego fue presidente de la Junta Militar de Gobierno, desde donde se legisló después de la clausura del Congreso Nacional. Un año después, en 1974, ya era presidente de la República. El Régimen Militar del que fue representante desde ese momento hasta 1990, registró excesivas violaciones a derechos humanos; desde represión y persecución política hasta torturas, asesinatos y desapariciones. Impulsó también un plan laboral restrictivo de sindicatos y un modelo económico enfático en la privatización y la exportación que mantuvo a la industria nacional en crisis durante su periodo.

Te preguntarás por qué te hablo en términos tan políticos y complejos para ti, créeme que así mismo lo son para mí; así que no lo tienes que entender todavía. Lo importante de esto es que lo estudies. Que sepas que existen y seguramente existirán personas así porque, como humanos, fatídicos, Luna. Tristemente.

Claro que la guerra no la hace un solo hombre. Las fuerzas armadas militares, náuticas y aéreas se juntaron el día del golpe para derrocar el gobierno del presidente Salvador Allende. El libro menciona la actitud violenta de los generales mayores y de los soldados más jóvenes que se movían en las calles chilenas durante la toma. Estos últimos decían “Nosotros somos neutrales” confundidos, sin enten-

der del todo lo que estaba pasando y lo que estaban haciendo. ¿Crees tú que puede ser uno neutral en la vida?

Latinoamérica ha registrado bastantes golpes de Estado. Sobre todo, entre los cincuenta y setenta, cuando la izquierda se levantaba y Estados Unidos, para proteger sus intereses, financiaba a la derecha. Muchos países de este lado del planeta han tenido por lo menos un dictador; te menciono algunos: Jorge Videla en Argentina, Efraín Ríos en Guatemala, Alfredo Stroessner en Paraguay, Hugo Banzer en Bolivia, Rojas Pinilla en Colombia. Brasil, El Salvador, Panamá, Cuba, y así por lo menos quince. Y no creas, en otros continentes también: Hitler, Stalin, Zedong...

Yo creo que los gobiernos totalitarios, autoritarios, sí se nos roban el espíritu y la espontaneidad como dice Hannah Arendt en *La banalidad del mal*, donde estudia el caso de un funcionario nazi acusado de genocidio. Ella explica que antes de ser el asesinato un delito, lo es el exterminio de la libertad de los individuos, la supresión de esa energía que nos permite dilucidar entre el bien y el mal sin sentir vergüenza. Y que más que ser crímenes contra un pueblo, estos son crímenes contra la humanidad.

¡Qué nostalgia me hace sentir este tipo de muerte! Cuando se nos borra la reflexión sobre lo que estamos haciendo, sobre los otros y sobre nosotros mismos.

No hay otra explicación para ello, ¿no? Aunque, sabes, me gusta pensar en esto más como una suposición. Creo que estoy lejos de entender una dictadura, o la guerra misma. Sobre todo, porque soy fiel a la esperanza y todavía me falta explicarme a mí misma por qué entonces alguien es capaz de asumir un riesgo mortal al entrar fugitivo a un país que le había negado la posibilidad de habitarlo dignamente.

Ni siquiera te saludé, ¿verdad? Todo este discurso solo porque me levanté esta mañana con ganas de abrazarte y pensé: sé que un día dejarás de ser la niña que conocí, que me olvidarás y yo te olvidaré, y nos perdonaremos el olvido y mi casa dejará de sentirse vacía porque no estás. Sé también que a la larga comprenderás todas estas cosas que te cuento, que mueven el mundo. ¡Pero quería tanto decirte que nunca esperes! Porque eso es en lo que me hace pensar este tema tan trágico. Sí, hoy te escribo sobre todo para decirte que te prohíbo esperar.

Te prohíbo esperar que Europa se sienta como tu casa, porque no lo es. Tu piel morena y tus ojitos achinados pertenecen aquí. No esperes que te digan qué hacer, niñita; no esperes que te digan qué ser. No esperes que el mundo sea un lugar mejor, imagina y

desarrolla tu espíritu. No esperes que todo termine bien, pero ten voluntad. No confíes en quienes esperan cosas de ti, no cargues con la cruz que les evitarás al no esperar tampoco cosas de ellos. Desobedece muy conscientemente. Aunque tú sepas en el fondo de tu corazón que la única solución es la búsqueda de la paz, no esperes que lo entiendan los demás; aun así, no esperes más para verlos como iguales, considéralos. Pregúntate una y mil veces qué te hace falta, verás que en el fondo experimentar el dolor es experimentar también el amor. Haz de tu vida una vida posible. No esperes para gritar por lo que te arrebaten. Simplemente abre tus ojos, áncalos a este mundo y sostente desde tu dulzura.

e



24 de mayo de 2023

A s u n t o:

HACER CINE

Luna,

Confieso que me gustaría llamarte más, aunque disfruto mucho de escribirte; últimamente no he tenido tiempo libre, lo hago cada que puedo, y así es mejor. Hoy voy a ir a piscina con Gabriela. Tomaremos el sol y yo le diré que la amo, como te amo a ti. Ser tía es lo mejor que me ha pasado, lo reafirmo cada que las pienso.

Quiero contarte que hace mucho tiempo me contaron a mí cómo nació el cine. La referencia más clara son los hermanos Auguste y Louis Lumière, que crearon el cinematógrafo y presentaron las primeras películas en 1895. Antes, se inventó la fotografía. Más antes, la cámara oscura. Pero mucho más antes, esculpíamos, pintábamos, escribíamos. La necesidad de depositar nuestros relatos en alguna parte siempre la hemos hecho posible, ¿no representa eso el amor?

Con todo lo que dije en la última carta me pregunto qué pasa con los hombres que no hacen la guerra sino el amor. Yo creo que hacer cine es hacer el amor, porque no solo es reflejo sino también creación de nuestras realidades. Es decir, no es solo una representación sino también una reflexión sobre ellas. Ya sabes, generar la conciencia de algo.

Es que, mira, además de tener prohibido el ingreso, de convertirse en otro, se le sumaba a Miguel la exigencia de hacer una película que pudiera de verdad retratar el estado de Chile. Y hacer una película requiere tanto esfuerzo, Luna. Eso me imagino yo, que no he podido ni siquiera gestionar la escritura de un guion o aprender para qué sirven los botones de las cámaras grandes, esas de televisión.

Pienso que nada hubiera podido suceder de no haber contado con un corazón valiente, unas ganas intensas de hacerlo y, por supuesto, de haber tenido respaldo. Y todo eso junto solo puede llamarse amor.

Con Miguel entraron tres equipos de grabación distintos, todos legales: uno italiano, uno francés y uno holandés. Cada grupo fue dirigido por una persona distinta y ubicado en una zona determinada del país para garantizar un cubrimiento completo. El equipo italiano

iba a filmar un supuesto documental sobre la inmigración italiana en Chile, el francés uno ecológico sobre su geografía y el holandés iba a hacer un estudio sobre los últimos sismos en el país. Las únicas personas que sabían lo que estaban haciendo en realidad eran los directores, que asumían en absoluto la responsabilidad y los riesgos que pudieran cruzarse dada la aventura.

Lo anterior puede sonar éticamente incorrecto por las implicaciones que conllevaba el ejercicio. Estamos hablando de que, si por alguna razón los descubrían, el castigo amenazaba sus vidas directamente. La verdad, no sé cómo se maneje el tema desde esa profesión; desde la mía la universidad me ha enseñado que el cuidado de los otros siempre es de lo más importante, y ya te di un ejemplo de eso antes con el anonimato. Entonces, ¿qué dices tú? ¿Cuidarlos era contarles o no contarles? Como sea, por tiempo y un poco de suerte, diría yo, todos lograron grabar lo establecido y salir ilesos.

En la gestión del contenido -las cintas- que salía semanalmente estuvo Ely, la esposa real de Miguel. En la seguridad y comunicación secreta, Elena, su esposa falsa. Grazia, periodista, trabajó de la mano con Miguel en Santiago como una de las directoras. No se quedan atrás los equipos de cine chilenos que surgieron durante los últimos días y demuestran la complicidad de la causa. Tampoco Franquie, que lo transportó a todas partes, ni Clemencia, ni Ricardo, ni Eloísa. Si lo lees un día, te darás cuenta de quiénes fueron. Yo, después de hacerlo, supe que solo somos posibles, incluso como rebeldes, con los otros.

Cuando Miguel llegó sucedió algo muy curioso: el país que imaginaba, el fracaso de la dictadura en la calle, en la cotidianidad, incluso en las personas, no lo encontró. Todas sus profundas nostalgias, eso que imaginaba y quería divulgar por el mundo, no existían. ¿Ves por qué no es bueno vivir de ilusiones? Porque no concibes las cosas en su forma real. Por eso yo dejaré de soñar que regresas.

Bueno, eso no quería decir que la dictadura no hubiera sido un horror. Sino que los horrores son muy contradictorios. Miguel se dio cuenta de que la sociedad chilena guardaba en lo profundo un desencanto, una prisa, un silencio que no respondía únicamente al periodo del régimen militar, sino que existía desde antes y había tomado un receso cuando la candidatura de Salvador Allende cogió fuerza. Entonces se despertó una energía nunca vivida. Se cantaba, se bailaba, se jugaba. Inevitablemente contagiado se movía por las calles la emoción. Entonces, en 1973 se apagó -o la apagaron- y la gente

volvió al estado taciturno que encontró Miguel al bajarse del avión en 1985 con sus pretensiones de director.

Esto solo puede hablar de lo que producen un hombre y sus ideas en una sociedad. Cuando tú veas la película entenderás: fotografías de desaparecidos, la denuncia de sus familias, las calles en movimiento. Las ollas y resguardos comunitarios. La nieve, las montañas dibujadas por sombras, los paisajes de la miseria, el despojo de los chilenos a la deriva de lo que la vida hiciera con ellos. Actos cívicos militares en las grandes ciudades, niños disfrazados de soldados. Entonces, Miguel entiende una cosa: “Será necesario rasurar la tierra para encontrar el alma” de lo que vivía su país.

Viajar por tantos lugares le permitió reconocer cuál era el ánimo de la gente frente a la dictadura y buscar en todas esas personas la memoria de Allende. Entonces descubrió que al mismo tiempo que la oscuridad, se movía silenciosa una luz.

Los más viejos conservaban su fotografía y recordaban las sillas en las que se había sentado. Admitían que, incluso muerto, doce años después, ese era su presidente. Y los jóvenes, para quienes ese nombre era solo el recuerdo glorioso de una realidad muy lejana a la suya, tenían una idea del futuro, unas formas concebidas de lucha y de conmemoración al pasado. ¡Imagínate! Eran “una generación que no había conocido un país diferente, y sin embargo tenían ya una convicción propia de su destino”, como está escrito en el libro.

¿Y cómo grabar todo eso? Pues recorriendo de norte a sur el país y separando la información. La película se dividió en tres partes tituladas así: *Miguel Littín: clandestino en Chile*, *Norte de Chile: cuando fui para la Pampa* y *De la frontera al interior de Chile: la llama encendida*.

Créeme cuando te digo que fueron muchos lugares, algunos de ellos muy difíciles de acceder como el Palacio de la Moneda o la casa de Pablo Neruda. Para el primero, en el que por coincidencia vieron en persona a Augusto Pinochet, necesitó un permiso que no fue aceptado sino hasta los últimos días del cronograma. No pudieron grabarlo a él, evidentemente, pero créatelo en la mente como un hombre blanco con bozo y un esplendor muy serio. Ahí, en ese sitio, había tenido lugar el bombardeo que le dio inicio al régimen dictatorial en 1973, ahí había muerto Salvador Allende.

El segundo se logró por una ingeniosa hazaña del camarógrafo: logró distraer a los guardias con una cámara grande para fingir que no grababa, mientras lo hacía con una muy pequeña que tenía escondida; lo cual me hace pensar en ti cuando me dices que eres muy

astuta. La casa estaba sellada con un letrero que decía que estaba vedado el ingreso. Cuando la vi en la película me pareció una casa hermosa porque tenía el mar en frente.

Pablo Neruda fue un poeta del amor, pero también tuvo una vida política como senador en Chile. Ganó un Nobel igual que Gabo, ¿recuerdas que te dije lo que era? Se lo otorgó la Academia Sueca por “ser autor de una poesía que, con la acción de una fuerza elemental, da vida al destino y los sueños de un Continente”. Su destino casi termina siendo el mismo que el de Miguel: el exilio en México por sus convicciones políticas. Lamentablemente muere antes.

Además, Miguel también fue y grabó en la Plaza de Armas, en la Plaza de San Sebastián, en Concepción y Valparaíso, en Puerto Montt, San Fernando, a las minas de carbón de Lota y Schwager y, bueno, un montón de lugares, te repito. Con decirte que hasta terminó en su casa, conversando con su mamá por estarles huyendo a los toques de queda diarios que manejaba el régimen. Tengo que aclarar aquí que se veía tan distinto, de verdad tan distinto, que ni su madre lo reconoció.

Cada espacio era a su vez una historia profunda y reveladora que estoy feliz de conocer ahora. ¿Te imaginas ir? ¡Yo sí! Y la película, aunque no muestre todos los parajes que menciona el libro, me alentó enormemente el deseo. Mientras leía me imaginaba siendo codirectora, sonidista o asistente de alguna cosa por ahí. Y mientras veía, sí que deseé ir y llorar en Chile; me imaginaba viajar hasta allá y visitar de una vez Argentina, que tanto me recuerda a mi papá por ser la cuna del tango.

¿Quieres que te cuente otra cosa curiosa? Miguel, a quien en mi mente a veces llamo “Miguelito” por lo travieso, agregó un elemento estético -autobiográfico para mí- muy interesante, que fue grabarse a sí mismo en cinco lugares diferentes: el exterior del Palacio de la Moneda, el Parque Forestal, los puentes de Mapocho, el cerro San Cristóbal y la Iglesia de San Francisco. ¿Ves? Otros cuatro lugares distintos a los que ya te había dicho; es que fueron tantos que hasta me alcancé a perder.

La discusión sobre lo autobiográfico me interesa mucho, sobre todo porque ahora que crezco quiero ocupar un lugar en el mundo -claro que eso es algo que uno quiere desde que es niño y fantasea con los cuentos que ha escuchado y con la adultez-.

Al menos desde mi percepción, que espero no sea la única que escuches, uno no puede invalidar su existencia desde lo que hace. Eres bueno en ello porque te pasa por el cuerpo. Tienes intereses, emociones, has crecido en un contexto específico y a través de eso te

comunicas con el mundo de la manera más responsable posible, así que no tiene sentido dejarte por fuera. Por lo menos eso he entendido después de muchas conversaciones sobre la objetividad. Por eso me ha parecido curiosa la decisión de Littín de arreglarse unos planos en los que se viera.

Volviendo al tema, el resto del contenido fueron entrevistas concretadas, exitosas y no exitosas, con personalidades públicas y secretas y con personas del común. Miguel logró hablar, por ejemplo, con la dirección del Frente Patriótico Manuel Rodríguez, una organización de izquierda extrema que más adelante realizaría un atentado fallido contra Pinochet y que declara en la película que Salvador Allende sigue vivo y se prolonga en su lucha. También, las palabras de Fidel Castro, Hortensia Bussi -esposa de Allende- y las de Gabriel García Márquez -sí, el escritor del libro-, fueron incluidas.

Pero hubo una, Luna, una entrevista que no pudo hacer. Una fundamental, fundamental, fundamental: la de un general que estaba dispuesto a hacer revelaciones públicas sobre los movimientos internos de las Fuerzas Armadas. ¡Ay, que seguramente nos dolió a todos los que nos hemos enterado de esto!

Pinochet se había desecho de los funcionarios de su generación y había contratado unos nuevos, que no lo conocían ni eran sus amigos, y que le obedecían, pero que no estaban dispuestos a ser culpados por los crímenes que registraban sus doce años de poder y, sobre todo, que creían en el retorno de la democracia.

¿Puedes tú creer eso? ¿No te parece todo un presagio? La película se grabó en seis semanas, se llamó *Acta general de Chile* y se estrenó en 1986. Duraba cuatro horas en formato televisivo y dos horas en formato cinematográfico. Sumó siete mil metros de largo en cintas. El mismo año, Gabriel García Márquez publica este libro. Las quince mil copias enviadas para distribución en Chile fueron quemadas en noviembre por “propagar doctrinas totalitarias y atacar a las Fuerzas Armadas” según El País de España. La historia que contaban ambos, más que cruel, era la historia de una dictadura muerta en el alma de los chilenos. Una dictadura torpe, que dejaba escapar a un cineasta y entrar de nuevo ya siendo pública la noticia. Una que lo guiaba a un aeropuerto en el que, de haber concretado esa entrevista, no hubiera tomado el avión. Cuatro años después, acaba el Régimen Militar.

Para mí, la cola de burro que le puso Miguel a Pinochet fueron esos tantos metros de película que le avisaban que prontico todo terminaría, ¡una cola de burrote! ¿Qué te parece?

f



27 de mayo de 2023

A s u n t o :

COMO LA CANCIÓN

Luna,

Hoy me fui a ver una obra de teatro, se titulaba *Las cosas que no hice*, fui con mis amigos. Ellos me hablan de ti, me dicen “¡Como está de grande!” y me preguntan cómo te va. Hoy me siento triste, porque pienso en el dolor. La declaración de la obra fue la siguiente: “Las trincheras son el miedo y todo lo que hay después es el amor”.

¿Crees tú que los hombres tengan miedo? ¿Puedes creer en sus voluntades?

Llegué a la casa pensando en que solo me falta contarte que el libro fue para mí como una especie de perfil de Salvador Allende; por lo menos en cada capítulo mencionan su nombre, diría yo, aunque no lo he comprobado. He leído en distintos artículos que no lo asesinaron ese 11 de septiembre de 1973 durante el bombardeo al Palacio de la Moneda, sino que se suicidó. Que unas de sus últimas palabras públicas antes de morir fueron: “¡No voy a renunciar! Colocado en un tránsito histórico, pagaré con mi vida la lealtad al pueblo. Y les digo que tengo la certeza de que la semilla que hemos entregado a la conciencia digna de miles y miles de chilenos no podrá ser segada definitivamente (...) La historia es nuestra y la hacen los pueblos”.

Ese discurso, que quedó grabado, acompaña varias veces la película de Miguel Littín. Luchar hasta morir. ¿Crees que fue valiente? No lo sé, es mejor dilucidar sobre su vida que sobre su muerte.

Como hasta ahora ha sido un mito dentro de todo lo que te he dicho, te aclaro: Allende fue médico, profesor, esposo y padre de tres mujeres. Su vida política empezó desde la universidad, siendo líder estudiantil. Después participó en la fundación del Partido Socialista de Chile, fue presidente del Frente Popular, ministro de Salubridad, secretario general del Partido Socialista, en fin. Tres veces senador y tres veces candidato a la presidencia antes de triunfar en la cuarta en 1970 por la coalición política Unidad Popular.

Conocía su país de extremo a extremo, fue amigo de los campesinos, trabajadores, mineros. Sus tres años de gobierno no fueron los mejores que pudo vivir Chile, aunque se le reconoce el impulso de la reforma agraria, la nacionalización de la minería de cobre y el inicio

de relaciones internacionales que antes no existían. Pero los triunfos de los sistemas que tienen pocas oportunidades sobre un gran modelo opositor, no se miden en esos términos.

Allende desafiaba los órdenes del sistema mundial predilecto sembrando en su pueblo la utopía del socialismo demócrata, que le daba lugar a la opinión de todos, que separaba los poderes del Estado, que le devolvía la dignidad a la clase trabajadora del país. Desafiaba la lógica con la que los poderes más grandes deseaban manejar el mundo; entonces ya no parece tan insignificante, ¿verdad? Luce más bien como un hombre con un sentido profundo del honor y de la voluntad. Un luchador social, como se catalogó a sí mismo.

Así como te conté que ha habido dictadores, también quiero que reconozcas que ha habido mártires. Grandes hombres y mujeres con grandes corazones, que han dejado en el mundo el ánimo de su alma.

Él mismo declaró que su epitafio diría: “Aquí yace Salvador Allende, futuro presidente de Chile”. ¿Sabes qué es un epitafio? La inscripción que se les hace a las lápidas en las tumbas de los enterrados, de los muertos. Salvador sabía que lo que había despertado no se iría con la muerte de su cuerpo, porque la historia no se puede asesinar. Y en ese momento ocurrían tantas cosas horrosas en el mundo, princesa.

Ya te había dicho que Gabo sale en la película, él dijo: “El drama ocurrió en Chile, para mal de los chilenos, pero ha de pasar a la historia como algo que sucedió sin remedio a todos los seres humanos de este tiempo y se quedó en nuestras vidas para siempre”. El drama de luchar por lo que es de uno.

Así mismo debió haberse sentido Sebastián Acevedo cuando se prendió fuego en el atrio de la Catedral en Concepción. Había exigido ya hace mucho tiempo que la CNI (Central Nacional de Información) dejara de torturar a sus hijos y advirtió que moriría de no encontrar ayuda, y así fue. Solo por su muerte liberaron a sus hijos. Esta historia la cuenta también el libro. ¿Qué te parece, no te hace erizar la piel?

Hay un fragmento de otro capítulo que transcribiré para que tengas una mejor idea. Mira, esto le sucede a Miguel durante los primeros días de grabación:

“Me senté en un escaño a leer los periódicos del día, pero pasaba las líneas sin verlas, porque era tan grande la emoción que sentía de estar sentado allí en aquella diáfana mañana otoñal, que no podía concentrarme. De pronto sonó el cañonazo distante de las doce, las palomas volaron espantadas, y los carillones de la Catedral soltaron al aire las notas de la canción más conmovedo-

ra de Violeta Parra: “Gracias a la vida”. Era más de lo que podía soportar. Pensé en Violeta, pensé en sus hambres y sus noches sin techo en París, pensé en su dignidad a toda prueba, pensé que siempre hubo un sistema que la negó, que nunca sintió sus canciones y se burló de su rebeldía. Un presidente glorioso había tenido que morir peleando a tiros, y Chile había tenido que padecer el martirio más sangriento de su historia, y la misma Violeta Parra había tenido que morir por su propia mano, para que su patria descubriera las profundas verdades humanas y la belleza de su canto. Hasta los carabineros la escuchaban con devoción sin la menor idea de quién era ella, ni qué pensaba, ni por qué cantaba en vez de llorar, ni cuánto los hubiera detestado a ellos si hubiera estado allí padeciendo el milagro de aquel otoño espléndido”.

¿Entiendes, Luna, la fortuna de morir, la fortuna de compartir el dolor?

Mi padre, el abuelo que te silva por el teléfono, pone esas canciones. Las de Silvio Rodríguez, las de Pablo Milanés, las de Mercedes Sosa, las de la chilena Violeta Parra. Mi propia patria estuvo en llamas entonces, y yo no lo viví en mi carne, pero lo siento tan adentro.

Todo este cuento tiene un aire de protesta del que me enamoré. Me recuerda a mi pueblo, en el que canto pasitico con los grillos y las luciérnagas. Me recuerda el desconsuelo que tengo que asumir como periodista, lo hinchado que se va a sentir mi corazón cada que descubre algo.

Creo que solo hacemos esto -hacer películas, escribir libros, montar obras de teatro, cantar, bailar- para “descartar la sensación de perderlo todo”, como dice la canción de Víctor Heredia que me aprendí a los quince. Morimos, y vivimos intensamente, y quiero que lo sepas. Tiene que haber un lugar para el dolor.

Te fuiste desplazada de aquí, también tendrás que ser otra en Suecia, como lo fue Miguel en Chile, donde no te reconocen, donde hablan otro idioma y experimentan cuatro estaciones. Tu cuerpo tendrá que acostumbrarse al frío brutal si Migración decide aprobarles el asilo. Aun así, tan lejos, el sol que nos cubre es el mismo. Te dejo ir. Me alegro porque es una victoria estar aquí, porque las pérdidas son ganancias, porque amo este país y todas sus gentes, y amo saber que los artistas cambiamos el mundo y, como dijo Juan José Hoyos: “Acepto con alegría este papel, y no puedo renunciar a él porque si no, jamás comprendería la vida”.

Las trincheras son el miedo, y todo lo que hay después es el amor. 🍷